Los hombres en la vida de Gertrudis Gómez de Avellaneda

Silvia Casillas Ledesma

La vida de Tula, como ella misma firmaba sus cartas y así le gustaba que la llamasen, está preñada de un hondo lirismo que se refleja en toda su obra. Se puede decir que en gran medida su obra no se entendería sin conocer su vida, ya que fue una mujer que dejó al descubierto su intimidad en su creación literaria. En ella vemos antes que a la poeta, a la mujer, y conforme avanzamos en las lecturas de sus poesías, por ejemplo "A él", o en su *Autobiografía*, así como en su *Diario* y en sus novelas, principalmente en *Sab* y *Dos_mujeres*, vemos traslucirse sus sentimientos, ideas e ideales. La obra de la Avellaneda fue su propio espejo, cada carta, cada poema, era una forma de conocerse a sí misma, de revelar ante ella ese temperamento rebelde y apasionado que siempre la caracterizó.

El inicio

La vida de la Avellaneda estuvo rodeada de hombres. Todos ellos, unos en mayor medida y otros en menor grado, marcaron su destino y en ocasiones lo cambiaron. La relación de Tula con el sexo opuesto nunca fue muy afortunada, ni llegó a feliz término, sin embargo, es innegable la influencia que los hombres tuvieron en la vida y la obra de la poeta, sin que por ello se aminore o debilite su talento, pero sí se convierte en la columna vertebral de su creación literaria.

Todo comienza con la muerte de su padre, cuando ella contaba sólo nueve años, y con el segundo matrimonio de su madre, apenas diez meses después de enviudar. Ambos golpes fueron terribles para Tula, e hicieron que su carácter de por sí rebelde y firme se fortaleciera aún más. Vio en su madre una fortaleza no común en ella, y quizá de ahí aprendió a actuar con libertad y autonomía respecto a su vida, en la que fueron siempre coherentes sus pensamientos y sus actos.

> Mi abuelo, mis tíos y toda la familia llevó muy a mal este matrimonio, pero mi mamá tuvo para esto una firmeza de carácter que no había manifestado antes ni ha vuelto a tener después.[1]

Estos dos hombres —el padre y el padrastro— llevaron a Tula a realizar sus anhelos. Del padre sobrevivió siempre el recuerdo melancólico y un tanto idealizado, y constantemente añora a ese hombre digno y respetable. La ausencia de éste, al que no le fueron concedidos sus últimos deseos, el de morir en su tierra, hizo que Gertrudis anhelara viajar a España y realizar de algún modo los deseos paternos.

> Algunos años hacía que mi padre proyectaba volver a España y establecerse en Sevilla. En los últimos meses de su vida esta idea fue en él más fija y dominante. [...] Estos fueron sus últimos votos, y cuando más tarde los supe deseé realizarlos. Acaso este ha sido el motivo de mi afición a estos países y del anhelo con

que a veces he deseado abandonar mi patria para venir a este antiguo mundo.[2]

Sin embargo, la joven Tula, hija de familia, no vio realizados sus deseos rápidamente y fue cuando en un acto inteligente de su parte se unió a su padrastro, al que por cierto nunca apreció por haber sido el causante del "dolor de ver tan presto ocupado el lecho de mi padre".[3] Escalada, segundo esposo de su madre, era también español, y entre ambos convencieron a doña Francisca de viajar a España, y a los veintidós años Tula llegó a Burdeos. Este viaje fue decisivo en la vida y la obra de la poeta, pues en España la carrera literaria de la Avellaneda tomó forma y se desarrolló, publicó poemas, novelas y obras dramáticas, las cuales tuvieron gran éxito. Asimismo, perteneció a los círculos literarios más importantes, entre ellos el Liceo de Madrid.

Ya en España las difíciles relaciones de Tula con la familia del padrastro, la hicieron que viajara a Andalucía junto con su hermano Manuel, quien fue también gran compañero de la Avellaneda y ejerció influencia sobre ella, que por cierto Tula aprovechó en su favor, pues estando en vísperas de su matrimonio con Ricafort:

> Vino mi hermano y desaprobó mi unión. [...] Habló-me con entusiasmo de un viaje que quería hiciésemos juntos a Andalucía para conocer a la familia paterna (de la cual me hizo elogios que hoy conozco inmerecidos) y de lo dichosa que sería yo con mi mayoría, pudiendo gozar una vida cómoda e independiente conforme a mis indicaciones; sobre todo me dijo, y fue lo que más impresión me hizo, que si me casaba con Ricafort y le seguía, *nos separaríamos él y yo para siempre acaso.*[4]

Así fue, Tula rompió su compromiso y se marchó junto con Manuel a Andalucía, pero su suerte no fue más afortunada, pues su tío paterno se empeñó en casarla con el hombre más rico de la región, no obstante ella se rehusó y volvió a Sevilla con su madre, puesto que su padrastro combatía a los carlistas del norte.

Manuel y Tula llevaron una estrecha relación de hermanos, cuyo afecto no parece igualársele al que sentía por sus otros tres hermanos, hijos de Escalada y de su madre, a quienes menciona pocas veces y de un modo superficial en su correspondencia. Sin embargo, Manuel fue la compañía y el apoyo que le permitió salir de la casa familiar, así como restablecerse de su doble viudez. Cuando murió Manuel, la Avellaneda quedó sola y la ausencia de su hermano agravó sus enfermedades: diabetes y soledad, y murió al poco tiempo.

Como se ve, los hombres de su familia: el padre, el padrastro, el abuelo, el tío y el hermano, impulsaron a la Avellaneda —aunque no fuera su intención— a decidir su propia vida. Tula huyó de los matrimonios impuestos por el abuelo en Cuba y el tío en Sevilla, así como buscó su propio camino en la patria de su padre, e irónicamente lo alcanzó ahí viajando al otro continente con su padrastro y acompañada de su hermano Manuel.

Al dejar su patria, la joven poeta escribió un poema a Cuba titulado "Al partir", el cual revela ya sus cualidades literarias y será el primero en aparecer en su libro de *Poesías*. En este soneto se percibe el desgarramiento espiritual que le provoca alejarse de Cuba, así como el temor de un futuro, aunque deseado, incierto.

Amores y desamores

Como mujer del siglo XIX, Gertrudis tuvo que defender a capa y espada su condición femenina. Si su vida quiso ser dirigida por los hombres de la familia, ella no reconoció en ninguno de ellos autoridad; al contrario, pareciera que mientras más empeño tuvieran en casarla, más aversión desarrollaba ella hacia el matrimonio, aunque no hacia el amor. No toleraba la idea de tener "dueño" y veía en la relación de pareja algo más sublime y profundo que un compromiso ante la sociedad. Su compromiso debería ser íntimo e individual. Gertrudis confiesa que su "horror al matrimonio era extremado", y respecto a Ricafort tuvo la suficiente visión para darse cuenta de la incompatibilidad de caracteres y dice: "Pensé mucho en las diversidades que existían entre Ricafort y yo, me pregunté a mí misma si aquella superioridad, que él me suponía, no sería tarde o temprano un origen de desunión, y reflexionando en los contras del matrimonio y las ventajas de la libertad, me di el parabién de ser libre todavía".[5]

Sin embargo, Tula no fue solamente una mujer talentosa y de admirable carácter, sino también bella físicamente, por lo cual ejercía una atracción especial sobre los hombres. Ya desde su adolescencia había despertado en el joven Loynaz un gran amor, al que ella correspondía medianamente, pues comprometida desde los quince años con un hombre casi desconocido para ella, veía en ambos pretendientes la ilusión adolescente del amor. Con el primero compartía lec-

turas y música, con el segundo se forjaba la ilusión de un amor perfecto y romántico que pronto descubrió como irreal. Ya en España, después de Ricafort, la pretendió Méndez Vigo, quien la amenaza con darse un "pistolazo" si no se casaba con él antes de tres meses. Tula no permitió el chantaje sentimental de Méndez Vigo y una vez más se negó al matrimonio: "He jurado no casarme nunca, no amar nunca..."[6]

Aunque la Avellaneda se casó dos veces, sus ideas sobre el matrimonio parecen coincidir con las de Sor Juana. En ellas vemos ya un feminismo decidido; la monja prefirió el convento, porque podría estudiar y escribir, además deseaba conservar su libertad y autonomía.

> Entreme religiosa, porque aunque conocía que tenía el estado cosas (de las accesorias hablo no de las formales), muchas repugnantes a mi genio, con todo, para la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado y lo más decente que podía elegir, en materia de seguridad que deseaba, mi salvación: a cuyo primer respecto (como al fin más importante) cedieron y sujetaron la cerviz todas la impertinencilla de mi genio, que eran de querer vivir sola, de no querer tener ocupación obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros.[7]

Asimismo, siglos después, la Avellaneda defendió su libertad a toda costa para aplicarse a la labor de escritora. En los momentos difíciles se refugió en su fe y pasó algún tiempo en un convento; pero —a diferencia de la monja— amó con intensidad, espiritual y carnalmente, anteponiendo siempre su integridad femenina.

> Soy libre y lo eres tú; libres debemos ser ambos siempre, y el hombre que adquiere un derecho para humillar a una mujer, el hombre que abusa de su poder, arranca a la mujer esa preciosa libertad: porque no es ya libre quien reconoce un dueño.[8]

Tanto Sor Juana como la Avellaneda se adelantaron a su época respecto a la condición femenina y al matrimonio. Ésta última, influida también por George Sand, dejó deslizar ideas revolucionarios sobre el matrimonio —institución tradicionalmente respetada en España— en su novela *Dos mujeres*.

Desde temprana edad, Tula mostró un temperamento melancólico, en plena adolescencia sólo tenía dos o tres amigas con las que se reunía a leer. Sin embargo, su vida fue solitaria. Con las mujeres compartió los placeres de la lectura y las representaciones teatrales en que ellas mismas actuaban. Amó a sus amigas tiernamente y sufrió desengaños que noblemente supo perdonar; pero con los hombres compartió vivencias que fueron semilla y fruto de su creación literaria.

A dos hombres amó Tula apasionadamente, pues necesitaba en quien descargar aquella intensa vida afectiva que se desbordaba en su interior, y que tan claramente se ve en su poema "A la juventud":

> ¡Abre tus puertas, mundo!, ¡ensancha vida
> para mi tu camino!
> Broten raudales de placer divino,
> de amor, de libertad... grandes pasiones
> dadme, dadme sin fin... mi alma encendida
> se agita en sed de vivas emociones.
> Quiero agotar, oh vida, tus tesoros,
> devorar quiero, mundo, tus placeres...[9]

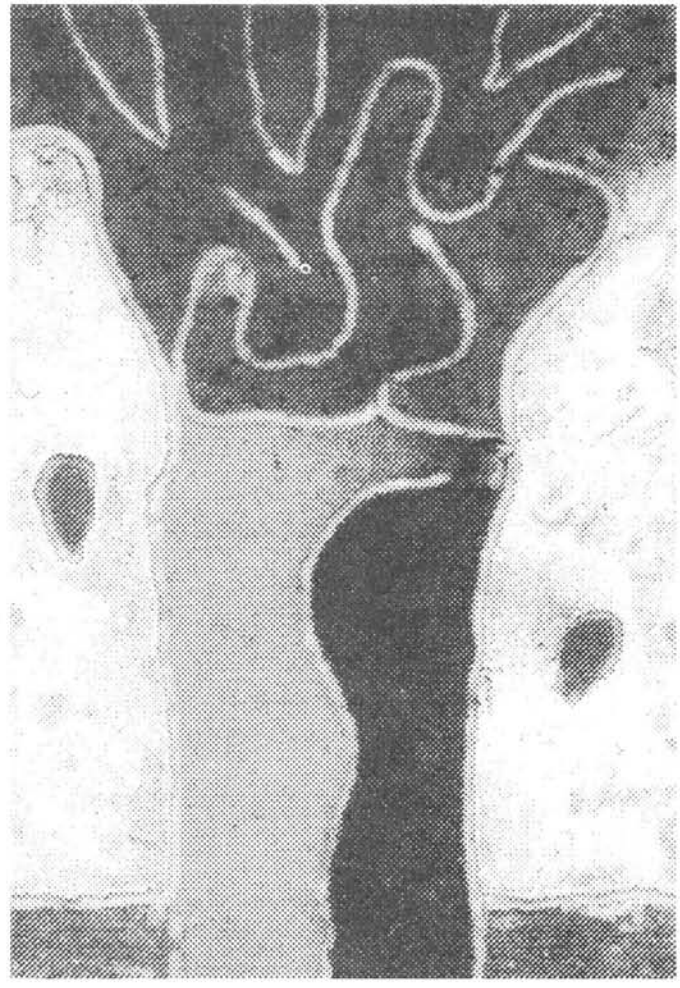
Esta abundancia de energía afectiva y también intelectual encontró su cauce. Afectivamente en Cepeda y García Tassara. Intelectualmente la Avellaneda se incorporó rápida y sorpresivamente a la vida literaria de España, y ahí vivió paralelamente la pasión del amor y el deseo de la gloria.

> [...] del popular aplauso el alto grito,
> y en ensueño de gloria
> veré mi nombre en letras de oro escrito
> entre los grandes héroes de la historia.[10]

En su *Diario de amor* encontramos las cartas que la Avellaneda enviaba a Cepeda. Ahí vemos la intimidad desnuda de la poeta. En ellas abre su alma y deja fluir sus sentimientos más claros. No parecen estar escritos por una mujer decimonónica, pues los prejuicios sociales y morales ocupan un segundo plano. En Gertrudis vemos la espontaneidad del sentimiento, la tortura del dolor, la angustia de no ser correspondida, la declaración franca y sincera al ser amado; pero todo ello vestido siempre con el traje de la dignidad y la autoestima.

> Esta confesión no me causa rubor ni embarazo, porque te creo digno de oírla y capaz de comprenderla. El sentimiento que me anima no necesita rodeos misteriosos para expresarse, ni debe ser ultrajado con arterias. Cuando te digo que te amo, te lo digo sin turbación ni inquietud, porque este amor no es el amor vulgar de una mujer pura y apasionada a otra alma digna de ella. Sentirlo, inspirarlo, me llena de orgullo, me engrandece a mis ojos y me hace probar un placer indefinible, celestial, que debe semejarse a la felicidad de los ángeles.[11]

Ignacio Cepeda fue el hombre en quien la Avellaneda descargó su afectividad, pero él distaba mucho de tener un temperamento afín al de la poeta, pues ella se interrogaba: "¿Sabes que a veces me pregunto a mí misma por qué he de querer a un hombre tan poco complaciente, tan poco asiduo, tan poco apasionado como tú?".[12]



La intervención de Cepeda en la vida de Tula no deja de ser valiosa y afortunada para la literatura, pues en la correspondencia que se entabló entre ambos, ella mostró su talento y ardorosa pasión de mujer que la individualizó y la llevó a conquistar una rica expresividad poética. Asimismo, gracias a la vanidad o el orgullo del hombre, o quizá previendo la inmortalidad que alcanzaría la Avellaneda, Cepeda nunca quemó las cartas que ésta le enviaba y como se lo había pedido repetidas veces, sino que las guardó cauta y celosamente. Y fue precisamente la esposa de Cepeda, María de Córdoba y Govantes, quien las publicó al morir su esposo, treinta y cuatro años después de la muerte de Gertrudis. Así, un hombre fue la fuente inspiradora de la poeta, pero las cartas sólo se llegaron a publicar bajo el auspicio de una mujer. Quizá aquí nos atrevemos a pensar que sólo una mujer que había amado al mismo hombre podría haber comprendido y valorado la riqueza expresiva y sensible de dicha correspondencia, pero esto es sólo una suposición.

El otro gran amor de la Avellaneda —que si bien no fue tan profundo y duradero como el que profesó a Cepeda, pero sí más apasionado y desgastante, por lo que Raimundo Lazo lo llamó "el episodio amoroso de inexplicable y pecaminosa conducta" en la vida de Tula—, fue el que sintió por el poeta Gabriel García Tassara. Quizá este amor fue también el que más desamor inspiró a la poeta, pues como resultado de sus relaciones nació Brenhilde María, quien murió a los siete meses. Tassara dudó de su paternidad y para la Avellaneda éstos fueron los momentos más amargos de su vida. Se puede decir que su vida fue dramática, y que respecto a Tassara hay mucho más angustia en las cartas que dirige a él que en las que enviaba a Cepeda.

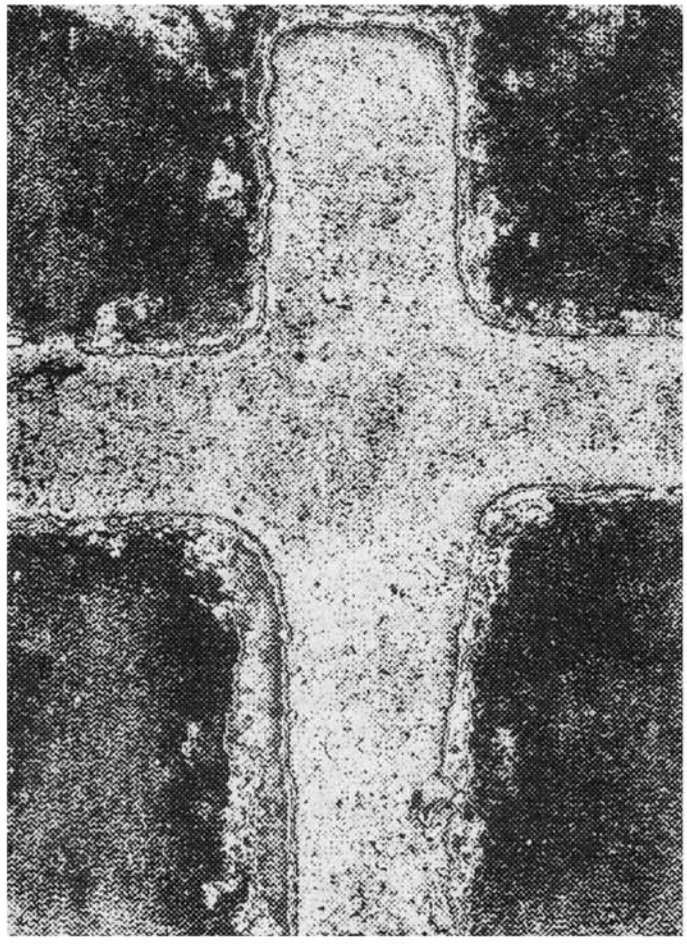
> Mi Brenhilde, mi hija, se está muriendo [...]
> Pero no morirá sin que su padre la bendiga, sin que
> vea este rostro, en el cual la naturaleza ha
> estampado en una maravillosa semejanza la más
> elocuente condenación de su conducta de usted. [...]
> Pero véala usted un momento, bendígala en su
> corazón; yo no soy como usted, atea; yo creo en
> Dios y en la vida eterna: no me resigno a que mi
> hija muera sin su bendición de usted...[13]

La niña murió sin que Tassara la viera. Fue éste un capítulo difícil y triste en la vida de la Avellaneda. De pronto se vio nuevamente sola. La soledad de Gertrudis fue una constante en su vida, la paz y la compañía que anhelaba se escaparon de sus manos. Después del trágico episodio con Tassara y Brenhilde, Tula se casó con Pedro Sabater, de quien siempre habla con gran respeto y admiración, y cuyo cariño fue más filial que apasionado. Si bien veía en el matrimonio un "mal necesario", decidió abrazarlo a su manera, "el hombre a quien me uniese debía serme no solamente amable, sino digno de veneración".[14] Y así se expresa de Sabater, sin embargo éste muere a los tres meses de matrimonio y la soledad de la Avellaneda se recrudece aún más; pero resurge en su vida el "eterno Cepeda".

> Perdiendo al hombre que amé y me amó cual jamás merecí ser amada, lejos de mi buena madre, sin fe en ninguno de los que se llaman mis amigos, sin deseos ni capacidad de tener amor, mi vida había llegado al extremo mayor del aislamiento cuando el cielo te trajo, querido mío.[15]

Siete años después, la Avellaneda reanuda su correspondencia y relación con Cepeda, pero de nuevo ésta no llega a feliz término, sino que concluye con el matrimonio de él después del cual no volvieron a verse ni escribirse.

La soledad de Gertrudis encuentra consuelo en el coronel Domingo Verdugo, con quien se casa, pero una vez más, la talentosa y reconocida escritora tiene que compartir la gloria con el dolor, pues su marido es herido por los enemigos de la autora, a raíz de la representación de su obra *Los tres amores*. Gertrudis recurre a la reina y ésta envía a su esposo con un puesto político a Cuba. Fue entonces cuando la Avellaneda volvió a su patria, una vez más es un hombre el que señala su camino. Salió de Cuba persiguiendo los ideales de su padre junto con su padrastro, y regresa a ella por su segundo marido. Sin embargo, una vez más la situación resulta afortunada para la literatura, pues escribe su poema "La vuelta a la patria", en donde eleva un verdadero canto a las bellezas naturales de la isla, así como a su riqueza. Del mismo modo deja ver lo profundamente arraigado de su sentimiento patriótico, la añoranza y la nostalgia de la tierra que la vio nacer, y el poema resulta ser un claro testimonio de la cubanidad de la poeta, de la que se ha llegado a dudar. Durante su estancia en Cuba muere su esposo, y Tula decide regresar junto con su hermano Manuel a España, donde también ella murió. Sus últimos años estuvieron preñados de soledad, por lo que Raimundo Lazo dice que desde entonces la Avellaneda era "sólo un recuerdo".



La vida de Gertrudis Gómez de Avellaneda se caracterizó siempre por un hondo lirismo que también se refleja en sus obras, y por el contraste que existía en su interior: un temperamento apasionado que luchaba en ocasiones con una fortaleza inquebrantable de carácter, y a la inversa, pues cuántas veces no tuvo Gertrudis que someter sus pasiones. Es quizá por todo ello que Bretón de los Herreros pronunció la ahora frase célebre: "Es mucho hombre esta mujer". ♦

Notas

[1] Gómez de Avellaneda, Gertrudis, "Autobiografía", en *Diario de amor*, p. 21.
[2] *Ibidem*.
[3] *Ibidem*.
[4] *Op. cit.*, p. 41. El subrayado es mío.
[5] *Ibidem*.
[6] *Op. cit.*, p. 49.
[7] Cruz, Sor Juana Inés de la, "Respuesta a Sor Filotea", en *Obras escogidas*, p. 123.
[8] Gómez de Avellaneda, Gertrudis. *Diario de amor*, p. 79.
[9] Gómez de Avellaneda, Gertrudis, "A la juventud", en *Antología*, pp. 71-72.
[10] *Op. cit.*, p. 74.
[11] Gómez de Avellaneda, Gertrudis. *Diario de amor*, p. 80.
[12] *Op. cit.*, p. 72.
[13] Gómez de Avellaneda, Gertrudis. *Antología*, p. 12.
[14] Gómez de Avellaneda, Gertrudis. *Diario de amor*, p. 48.
[15] *Op. cit.*, p. 125.

Bibliografía

Cruz, Sor Juana Inés de la, "Respuesta a Sor Filotea", en *Obras escogidas*, Espasa-Calpe, México, 1980, 147 pp.

Díez Echarri y Roca Franquesa. *Historia de la literatura española e hispanoamericana*. Tomo II, Aguilar, Madrid, 1982.

Gómez de Avellaneda, Gertrudis. *Antología* (prólogo y edición de Ramón Gómez de la Serna). Espasa-Calpe, Buenos Aires-México, 1945, 149 pp.

Gómez de Avellaneda, Gertrudis. *Diario de amor* (prólogo y notas de Bernardo Callejas). Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1981, 141 pp.

Lazo, Raimundo. *Gertrudis Gómez de Avellaneda. La mujer y la poetisa lírica*. Porrúa, México, 1978.

Peña, Margarita, "Tres aspectos de la obra de Gertrudis Gómez de Avellaneda", en *Diálogos*, vol. 14, no. 5 [83] (sept-oct., 1978), pp. 32-35.